

LEPANTO. LOS PROBLEMAS DE LA VICTORIA Y LA «QUIETUD Y SOSIEGO DE LA CRISTIANDAD»

David GARCÍA HERNÁN
Universidad Carlos III de Madrid
Recibido: 05/11/2021 Aceptado: 15/11/2021

Resumen

Durante mucho tiempo, la historiografía ha afirmado que la victoria de Lepanto fue muy mal aprovechada por las fuerzas cristianas, que no obtuvieron los resultados que se esperaban de la aplastante derrota turca. Pero esta aseveración recurrente no tiene en cuenta las circunstancias del momento en que se produjo el triunfo, ni los múltiples factores que lo condicionaban, entre ellos los enormes problemas logísticos, económicos, diplomáticos y militares a que había que hacer frente –tarea nada fácil, desde luego–. Tampoco se ha considerado en su verdadera dimensión cuáles eran en realidad los objetivos de los países que integraban la Santa Liga, que por otra parte había nacido con grandes dificultades y nunca consiguió superar la desconfianza entre sus socios principales –otro enorme problema–. Los objetivos de España tuvieron que ir cambiando, forzosamente, en función de las circunstancias, pero siempre lo hicieron siguiendo un planteamiento conservador y, desde luego, distaron de estar guiados por una visión puramente imperialista.

Palabras clave: Lepanto, Felipe II, don Juan de Austria, imperio otomano, Santa Liga, Venecia, Papa, cristiandad, Alí Bajá, Uluj Alí.

Abstract

For a long time, it has been affirmed in the Historiography that the victory of Lepanto for Christian forces was in fact very badly used, and that the expected results of the crushing Turkish defeat were not obtained. But this recurrent assertion does not take into account the circumstances of the moment in which the triumph took place, the multiple conditioning factors, and the enormous logistical, economic, diplomatic, military and other problems that had to be faced. Not an easy task, of course. Nor has it been considered in its true dimension what were in reality the objectives of those countries that integrated the *Santa Liga*, which, on the other hand –it was another of the great problems– had been born with great difficulties and that could never avoid the distrust among its main partners. Those of Spain had to change, necessarily, according to the circumstances, but always under a conservative approach and, of course, quite far from a purely imperialist vision.

Keywords: Lepanto, Philip II, don Juan de Austria, Otoman Empire, Holy League, Venice, Pope, Christianity, Ali Baya, Uluch Ali.

Las decisiones inmediatas y los planes de futuro

NUNCA se pensó que el choque de Lepanto alcanzaría tales cotas de brutalidad, ni que el botín cobrado y los prisioneros capturados alcanzarían unas proporciones tales que desbordarían hasta las previsiones más optimistas. Tras varias horas de sangriento combate en el golfo griego, entre las huestes de la Santa Liga debió de cundir un sentimiento de euforia, pero también de cierta embriaguez ante el rédito sin precedentes obtenido de la batalla. En el momento de los hechos, las cifras que se barajaron fueron ciertamente espectaculares: casi 60 galeras capturadas, 1.743 esclavos hechos, y 295 piezas de artillería tomadas al enemigo¹, amén de unos 12.000 esclavos cristianos liberados. Pero estas cantidades ya de por sí asombrosas aumentarían con el tiempo a medida que se pudo ir haciendo un recuento más detenido. En este sentido, Bicheno aportó hace unos años la cifra de 117 galeras, 10 galeotas y 3 fustas apresadas a los turcos en la batalla (las galeras y galeotas destruidas fueron 84), además de esos 12.000 esclavos cristianos liberados. Por añadidura, el historiador anglosajón eleva los prisioneros a 3.486, pero incluso esta corrección al alza se queda corta pues, a juzgar por la devaluación del precio de los esclavos en el Mediterráneo en los años 1571-1572², esta cifra debió ser aún más elevada.

(1) Archivo General de Simancas (AGS), Estado (E), 1328, 55. Esta era una primera estimación de Francisco de Ibarra. Otras estimaciones elevan el número de galeras capturadas hasta más de 120.

(2) BICHENO, Hugh: *La batalla de Lepanto*, Ariel, Barcelona, 2005, pp. 344-345.

El mero reparto de tales ganancias ya supuso una fuente de discordias, algo por otra parte esperable dado lo dispar de los intereses de una tropa tan heterogénea. Pero esta controversia fue solo una entre las muchas que suscitó tamaña victoria, cuya magnitud no se pudo alcanzar a comprender hasta pasadas cuarenta y ocho horas³. Por lo pronto, el botín conseguido, dado que era impensable abandonarlo, suponía un estorbo para explotar la victoria persiguiendo al enemigo, a fin de asestarle golpes todavía más terribles. Las disputas que el reparto suscitó fueron múltiples, en todos los niveles, y dentro de ellas, la que se entabló entre don Juan y el veneciano Sebastián Veniero –quien, insultantemente, desconfiaba de la buena fe del generalísimo en el reparto (título este de generalísimo que, por lo demás, ponía en duda, porque le atribuía el papel de simple ejecutor de las decisiones individuales de los comandantes de la flota)– no fue de las menores⁴.

De la distribución de los prisioneros y los esclavos se derivaba otro gran problema logístico, por no hablar de la dificultad aún mayor de remolcar las galeras apresadas y llevarlas, junto con toda la flota, a buen puerto⁵. Sea como fuere, había que estar a la altura de las circunstancias y, una vez fondeados en el norte, en Petalas, ya se podría pensar con un poco de más quietud qué hacer con la victoria.

Por otro lado, hay una importante cuestión, de índole más mundana, sobre la que se ha insistido poco, pero que, en esas excepcionales circunstancias, no era ni mucho menos baladí. Todos los participantes, desde los grandes mandos hasta los simples soldados, debían de hallarse como enajenados ante la ganancia personal obtenida de aquella asombrosa –en todos los sentidos– jornada. Mucha de la tropa debía de sentirse en una nube ante el vuelco que su condición había experimentado, el botín que la victoria le había deparado, y los que ya habían llegado enriquecidos a la batalla, es decir, los altos mandos, debían de estar ávidos de saborear sin tardanza las mieles del regreso triunfal a sus residencias, con los agasajos y celebraciones correspondientes. De esto no se salvaban ni los más profesionales y experimentados soldados y marinos. Tampoco el marqués de Santa Cruz, cuya intervención había sido tan decisiva en el triunfo y quien a través de su contacto de excepción en la corte, Ruy Gómez de Silva, príncipe de Éboli, hombre muy cercano al rey, esperaba conseguir del monarca buenas prebendas por su buen hacer⁶.

Todo esto tuvo que influir sobre los estados de ánimo y condicionar las distintas posturas que, en un primer momento, se adoptaron respecto a qué hacer con la victoria. Los más impetuosos querían continuar acosando al enemigo y llegar a las mismas entrañas de su imperio: hasta Constantinopla o,

(3) RIVERO RODRÍGUEZ, Manuel: *La batalla de Lepanto. Cruzada, guerra santa e identidad confesional*, Sílex, Madrid, 2008, p. 187.

(4) BICHENO: ob. cit., p. 345.

(5) GARCÍA HERNÁN, D. y E.: *Lepanto: el día después*, Actas, Madrid, 1999, p. 24.

(6) Felipe II le concedería dos encomiendas de Santiago, aunque él esperaba todavía más. Archivo Histórico de la Nobleza (AHNob), Santa Cruz, C.43, D.65-7.

incluso, los Santos Lugares. Los más prudentes, toda vez que el otoño estaba avanzado, se inclinaban por esperar a que pasara el invierno antes de acometer una gran campaña. Triunfaría esta segunda opción, que parecía la más sensata, pues los muchos peligros que acechan en la mar en una estación desfavorable hacían demasiado arriesgada la empresa, además de que así no se frustraría esa ansia por disfrutar sin demora de la gloria de las celebraciones o de saborear los frutos materiales de tan gigantesca victoria.

En la corte, si bien Felipe II recibió –casi un mes después⁷– la noticia con la alegría «que es razón», enseguida se vería enfrentado a una difícil encrucijada: ¿qué hacer con la victoria? Había diferentes opiniones sobre el particular, no siempre coincidentes. El panorama era complicado. Se debían tener en cuenta, según los acuerdos firmados por la Santa Liga, los intereses y los objetivos de los otros socios. Pero, además, ni siquiera entre los propios españoles los pareceres eran coincidentes. El duque de Alba, si bien era consciente de que, sobre todo por parte del papado, se pretendería atacar Constantinopla, lo consideraba un error por los evidentes riesgos que se correrían teniendo la Monarquía otros frentes abiertos⁸. Postura semejante adoptaría el cardenal Granvela, virrey de Nápoles, quien sostenía que, dado que la empresa de Constantinopla entrañaba grandes dificultades, lo mejor era hacer una incursión en Alejandría⁹, mientras que el experimentado don García de Toledo, convencido de que el fervor religioso conduciría al éxito de la empresa, quería por el contrario llegar hasta Jerusalén¹⁰. Y, como corolario de estos diversos planteamientos, el propio monarca estaba sumido en un mar de dudas, por más que su interés más directo fuera dominar las siempre amenazadoras plazas fuertes del norte de África, especialmente Argel, Túnez y Bicería, para asegurar la «quietud y tranquilidad» en las aguas mediterráneas y las costas e islas españolas de Levante, su principal preocupación. De hecho, en las reales cédulas enviadas por Felipe II a los altos cargos, civiles y religiosos, en América, para que se difundiera allí la noticia de la victoria, el monarca no hacía excesivo hincapié en esta, sino que ante todo hablaba de la «quietud y sosiego de toda la Xquiandad»¹¹.

Pero, como decíamos más arriba, también había que tener en cuenta los intereses generales de la Santa Liga, que no iban precisamente por esos derroteros. Y por añadidura ciertos mandos intermedios de las tropas españolas enviaban al rey memoriales con planes ofensivos para aprovechar la victoria. Este fue el caso de don Miguel de Piedrola y Beamonte, quien, avisando del

(7) A la altura del 28 de octubre de 1571, todavía escribía Felipe II al marqués de Santa Cruz dándole las gracias por haber llegado con sus galeras a Mesina para fortalecer la flota que habría de vencer en Lepanto (AHNob, Santa Cruz, C.44, D.3, 141). Esto nos da también una idea de en qué medida la lentitud en las comunicaciones condicionaba el desarrollo de las estrategias militares.

(8) *Colección de documentos inéditos para la historia de España* (CODOIN) III, p. 300.

(9) AGS, E, leg. 1060, 68.

(10) CODOIN III, p. 41.

(11) Archivo General de Indias (AGI), Indiferente 427, L.30, 225.R.

peligro que suponía –como al final se demostró– dejar que el Turco pudiera armar hasta 150 galeras, entendía que había que pasar a la acción¹².

Sin embargo, los inconvenientes de abrazar una estrategia de esta naturaleza eran múltiples. La descomunal extensión del imperio español obligaba a extender el horizonte geopolítico y militar allende el Mediterráneo, pues había otros focos de no menor interés estratégico, en Europa y aun en América –sobre todo en lo tocante el tráfico con ella–, a lo que habría que añadir las constricciones y trabas que imponía la práctica de la guerra en el siglo XVI. Dominar la dimensión espacial era muy complicado, toda vez que se debían conjugar los intereses políticos y diplomáticos con los puramente militares y las capacidades logísticas, y todo ello con el condicionante supremo que era la situación económica y, para ser más concretos, la disponibilidad de efectivo para afrontar los también exorbitados gastos.

Era evidente que, si se quería llevar a cabo una empresa de envergadura, se tenía que optar por una concentración masiva de fuerzas, pero esto menoscabaría la defensa eficaz de otros puntos estratégicos de la Monarquía: Flandes, las posesiones italianas, la Carrera de Indias, las costas americanas, otras zonas del Mediterráneo o, en fin, la propia península ibérica. También había que tener presentes los intereses regionales de los propios altos cargos de la Monarquía. Además, la preparación de tal empresa suponía un reto logístico que ni siquiera la todopoderosa Monarquía Hispánica parecía en condiciones de afrontar, por no hablar de los mencionados condicionantes económicos, que ahora se tendrían que concentrar esencialmente en un único punto.

Y por último, como dijimos, había que atender a la perspectiva general de la Liga. Los caminos del continente se llenaron de correos que portaban correspondencia cifrada donde se indicaban las preferencias de cada socio. El Papa y Venecia ya estaban haciendo cálculos a principios de noviembre de los efectivos de infantería y caballería necesarios para ejecutar ataques terrestres incluso en Hungría, si se unía a la Liga el emperador¹³.

Así, en los últimos días de ese año crucial de 1571, las más altas personalidades y mandos de la Liga discutían en Roma qué hacer con la victoria. Los representantes españoles, a través de personajes tan sobresalientes como Luis de Requesens, Juan de Zúñiga y el cardenal Granvela, manifestaron que una campaña general contra el Turco no era inhacedera, como pensaban sus otros socios de la Liga, pero para emprenderla se requería una provisión de no menos de 30.000 hombres según cálculos de don Juan de Austria, mientras que para una empresa menos ambiciosa (y más conveniente a los intereses españoles) solo se necesitarían 18.000. En cualquier caso, para alcanzar el equilibrio necesario entre las decisiones políticas, la competencia logística, la disponibilidad económica y la estrategia militar, había que superar múltiples impedimentos que convertían esa tarea en tremendamente difícil. Como decía el duque de Alba, las fuerzas españolas estaban preparadas para defenderse

(12) GARCÍA HERNÁN: ob. cit., pp. 48-49.

(13) AGS, E.916, 230-231.

del Turco, pero no para atacarlo¹⁴, y menos en su propio terreno. La Monarquía Hispánica, resultaba obvio, constituía un imperio, pero no era una potencia imperialista, al menos en esta parte del mundo, pues carecía de vocación para ello y no disponía del entrenamiento ni de las competencias necesarias. Además, si hacemos caso de las teorías sobre el imperio y el imperialismo del politólogo alemán Herfried Münkler, la expansión de un imperio por sus zonas vecinas y fronterizas, por lo que supone de competición con vecinos poderosos, ha revestido históricamente mucha mayor dificultad que el expansionismo en espacios alejados del centro¹⁵. Como es obvio, Felipe II no estaba al tanto de las tesis de Münkler, pero era plenamente consciente de las dificultades de seguir una política imperialista frente a vecinos poderosos cerca de su ya dilatado imperio en Europa.

Los enemigos de siempre

Decía Braudel en *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* que, en la política internacional del siglo XVI, «en realidad, nadie juega limpio. Cada cual, alarmado y amenazador a la vez, trata de sacar astilla de cualquier madera»¹⁶. Y eso en un mundo con proclividad al sadismo, como decía Hale¹⁷. Es verdad que Lepanto operó de galvanizador de cierto sentimiento de identidad común entre los europeos. La serie de fiestas y celebraciones que se dieron por toda la cristiandad, tanto en los países católicos como en los protestantes, así lo demuestra¹⁸. Y es también cierto que, circunstancialmente, las repúblicas y reinos del viejo continente, o al menos una parte importante de ellos, habían sido capaces de superar su sangrienta rivalidad secular y aliarse contra el enemigo común, dando al traste con la presunción otomana de que los europeos acabarían sucumbiendo a sus rencillas y luchas mutuas.

Pero, evidentemente, esta alianza no pasó de coyuntural. Las relaciones internacionales y la diplomacia cobrarían después de Lepanto un ritmo más acelerado que nunca. La imagen de potencia militar que le había procurado la victoria, más la decisión de fortalecer la Armada para futuras campañas –todavía no se sabía cuáles–, daban a la Monarquía Hispánica ciertas cotas de segu-

(14) GARCÍA HERNÁN: ob. cit., p. 43.

(15) Según este autor, los imperios que han tenido como objetivo las tierras cercanas a su centro –donde, insistimos, han de hacer frente a guerras con vecinos poderosos– han sido efímeros, mientras que los que han dado mayor importancia a la periferia han sido duraderos. MÜNKLER, Herfried: *Imperios. La lógica de la dominación mundial desde la antigua Roma hasta los Estados Unidos*, Nola Editores, Madrid, 2020, p. 69.

(16) BRAUDEL, F.: *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, t. II, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 2018.

(17) HALE, John: *Guerra y sociedad en la Europa del Renacimiento*, Ministerio de Defensa, Madrid, 1998.

(18) RIVERO RODRÍGUEZ, ob. cit., p. 258.

ridad en ámbitos como el Atlántico, tanto en lo que se refiere a los problemas con los Países Bajos e Inglaterra como en la custodia (fundamental) de la flota de Indias. A la postre, y pese al (fugaz) sentimiento paneuropeo tras la victoria cristiana, las tensiones en la vieja y dividida Europa siguieron muy vivas. Algo que ya presagiaba el absentismo de Inglaterra y Francia en la génesis de la Santa Liga, como censuró Chesterton: «The cold queen is looking in the glass. / The shadow of the Valois is yawning at the Mass»¹⁹. Más aún: un mes antes de la batalla de Lepanto, el rey de Francia ya se estaba ofreciendo, a través del obispo de Dax, como mediador entre Venecia y el sultán, anticipándose así la futura defección del señorío, que no se negaba a escuchar al monarca francés²⁰.

España estaba al corriente de esta posición de Francia, toda vez que, tras muchos decenios de guerras y desconfianzas mutuas, barruntaba que en cualquier momento el país vecino podría aprovecharse de las múltiples ocupaciones de la Monarquía hispana. Maniobras de la flota de Burdeos, incidentes en el sur de los Países Bajos, informes alarmantes del virrey de Navarra y un largo etcétera hacían que, en la primavera de 1570, toda la frontera pirenaica estuviera en estado de alarma. Los movimientos de tropas francesas (Mons, Picardía...) estaban a punto de desencadenar la guerra entre las dos monarquías en el verano de ese año. Braudel insiste casi con vehemencia en esta cuestión. La oposición de Francia a la grandeza de la Casa de Austria era manifiesta. El propio duque de Alba llegó a exclamar en ese contexto: «Se necesitaba no poca paciencia para poder soportar a estos franceses: huelgan de romperse ellos un ojo para quebrarnos a nosotros los dos»²¹.

Una vez producida la batalla, los franceses actuaron de intermediarios con los turcos. François de Noailles, embajador de Francia en Estambul, hizo una importante labor de mediación en el intercambio entre algunos cautivos musulmanes y cristianos. El propio rey de Francia intervino para que se pudiera liberar al capitán de la Orden de Malta Darleng Vogadamar. Muestra evidente de esta relación amistosa entre Francia y Turquía es el hecho de que el sultán hubiese prohibido a la Armada otomana atacar naves francesas en el Mediterráneo, y el corsario argelino Solok Reis sería juzgado por haber capturado a un capitán francés, el barón Saplankart, cerca de Córcega. En marzo de 1572 se ordenaría la liberación de los franceses previamente capturados, mientras que los prisioneros venecianos y de otros Estados enemigos permanecían cautivos²².

Según el embajador conde de Monteagudo, los franceses llegarían a ofrecer al Turco hasta veinte galeras para que lucharan contra la Santa Liga, e

(19) Cit. por O'DONNELL Y DUQUE DE ESTRADA, Hugo: proemio a CLARAMUNT SOTO, Àlex (ed.): *Lepanto: la mar roja de sangre*, Desperta Ferro, Madrid, 2021.

(20) BRAUDEL, ob. cit.

(21) Cit. ibídem.

(22) BOSTAN, Idris: «La armada otomana: de la conquista de Chipre a la batalla de Lepanto», en CLARAMUNT SOTO, ob. cit.

incluso animarían a los otomanos a que atacaran las posesiones españolas en la costa norteafricana, con promesas de apoyo en caso de que el monarca hispano decidiera tomar represalias²³. Otra cosa es que los turcos estuvieran totalmente decididos a llevar esto a cabo, temiendo la reacción del rey de España. Pero las evidentes y estrechas relaciones franco-otomanas en favor de sus respectivos intereses comerciales inquietaban, como demuestra el caso de la legación de Noailles, cuyo viaje a Estambul fue considerado una conspiración contra la Liga²⁴. Por otro lado, el almirante de Francia y gran enemigo de España Gaspar de Coligny pretendía convencer al monarca francés para que, con Inglaterra y los príncipes protestantes alemanes, formara una liga contra España²⁵, algo que sería apoyado por Orange y Luis de Nassau²⁶.

Y luego estaba, claro, Inglaterra. Independientemente de que ambas potencias consideraran que, de una manera u otra, se debía hacer frente al poderío hispánico, especialmente tras el resultado de Lepanto, los intereses concretos de Francia e Inglaterra eran manifiestamente complementarios. En este sentido, mientras que la segunda ambicionaba nuevos puntos comerciales en Amberes, Brujas, Burdeos, La Rochela y Ruan, garantizar la seguridad y libertad en sus rutas comerciales, y neutralizar una posible invasión a través de Escocia con la ayuda de Francia, esta última consideraba retomar su recurrente ambición pasada por una intervención en Italia a través de Milán, y la posible anexión de la Navarra del Bearne, estando así más libre para una hipotética invasión desde los Países Bajos. Estos intereses coincidentes y el desigmo de fondo de oponerse a la Monarquía Católica fueron allanando el camino para que esta unión se materializara en un tratado bilateral de «Confederación y Alianza», el cual tendría gran significación en los acontecimientos venideros de la más alta política continental.

El tratado, firmado en Blois el 19 de abril de 1572, incluía importantes concesiones comerciales mutuas que perjudicaban notablemente al comercio de control español de Amberes. Por otra parte, en su apartado II se establecía claramente la unión de todas las fuerzas de los respectivos países para contrarrestar la posible injerencia de un tercero:

«Se acuerda que ninguna de las partes dará ni hará que sus súbditos den abierta o secretamente, directa o indirectamente, ayuda, favor o apoyo a nadie, en ningún grado, condición, dignidad o similar que invada o amenace invadir, de manera hostil, bajo la fuerza de las armas a sus reinos, países, tierras, dominios, territorios o algún otro lugar perteneciente al otro confederado: pero habrá una confederación, liga y unión entre dichos príncipes para su mutua defensa contra todos, o

(23) AGS, E.8340, 227.

(24) AGS, EK., 1535, 2, «Articles accordez le grand Turc aus François, pour la liberté du traíq en ses pais et mers de Levant», París, 1578.

(25) AGS, E.1329, 106.

(26) En su plan se incluía una estrategia matrimonial consistente en un doble enlace: Anjou con Isabel de Inglaterra y Margarita de Valois con Enrique de Bearne. GARCÍA HERNÁN: ob. cit., p. 74.

cualquier condición, estado, grado u orden que sea, quien bajo cualquier pretexto, color o causa invada o amenace invadir por medios hostiles y por la fuerza de las armas a sus personas, reinos, países, tierras, dominios o territorios sostenidos y poseídos en el momento de conclusión de este tratado, por dichos príncipes o por cualquiera de ellos»²⁷.

Y, entre otras disposiciones ventajosas, en su apartado xv se concretaba una de carácter militar acerca del apoyo mutuo en materia de armamento: «Se acuerda que cualquier príncipe, potentado, comunidad o lo que sea invada de manera hostil cualquiera de los dos confederados el otro confederado venderá a un precio razonable y transportar a su reino mosquetes, pólvora, balas sulfuro y otras cosas similares para repeler al enemigo»²⁸.

Felipe II, desde el primer momento –llegó a conocer el texto del tratado un mes antes de su firma–, juzgó muy peligrosa esta aproximación tan directa e intensa, de modo que, algo menos de un mes después de la firma de la alianza, empezó a actuar en consecuencia. Y así, ordenó a su medio hermano que no se le ocurriera «pasar adelante» sin orden suya en cuanto a los planes de la Liga, pero que procediera de modo que no se pudiera sospechar que la inactividad era por causa de esta alianza francoinglesa recién firmada²⁹: mantener la imagen de fortaleza y la reputación de la Monarquía era fundamental.

Y no le faltaba razón al soberano español. El 1 de abril de 1572, los Mendigos del Mar habían tomado Brielle, y la insurrección contra el dominio español se estaba extendiendo por el norte y el oeste de los Países Bajos. Empezaba un periodo de convulsiones para España en este dominio, que después de las acciones de Alba se había considerado que estaba más o menos controlado. No se podía menos de pensar que tanto ingleses como franceses estaban detrás de esta ofensiva. A finales de mayo, con la insurrección en los Países Bajos cada vez más generalizada, los hugonotes entraban en Valenciennes y Nassau en Mons, a todas luces dos actos de una misma puesta en escena.

Precisamente el príncipe de Orange entraría en Güeldres con 7.000 caballos y tres regimientos de tudescos. La situación a la altura de agosto de ese año de 1572 no podía ser más amenazadora³⁰. Así las cosas, era imposible pensar en una acción simultánea en el otro extremo del escenario europeo. Los acontecimientos inmediatos decantarían la opción por uno u otro teatro, pero estaba fuera de toda duda que Europa volvería a enzarzarse en una

(27) «A Treaty of Confederacy and Alliance between Charles the IX, King of France, and Elizabeth Queen of England. At Blois, the 29th of April, 1572», en *A General Collection of Treatys, Manifesto's, Contracts of Marriage, Renunciations, and other Public Papers, from the year 1495, to the year 1712*, vol. II, Londres, 1732, p. 66. Aunque no se mencionaba expresamente a España, estos artículos claramente estaban dirigidos contra ella.

(28) *Ibidem*, p. 71.

(29) AGS, E.448.

(30) GARCÍA HERNÁN: *ob. cit.*, p. 75.

guerra intestina. El espíritu paneuropeo de Lepanto era ya claramente cosa del pasado.

¿Prudencia o indecisión?

El entusiasmo generalizado suscitado por el feliz resultado de Lepanto para la cristiandad invitaba en principio a aprovechar al máximo la victoria. Quien llevaba la voz cantante entre los partidarios de esta opción era, lógicamente, el pontífice Pío V, que animaba a los monarcas católicos a adherirse a la Liga para exprimir la victoria hasta donde fuera posible. Se enviaron así legados apostólicos a Francia, Portugal y el Imperio, pero también se hizo extensiva esta invitación a los reyes de Arabia, Egipto y Etiopía³¹.

En línea con estos proyectos, en marzo de 1572 Felipe II envió asimismo misivas a varios soberanos con intereses en la zona, especialmente a los de Persia, Etiopía y Arabia. Pero, ante la falta de implicación en la empresa que denotaban las respuestas, el monarca empezó a ver complicado el acrecentamiento de la Liga, y la situación le inclinaba cada vez más hacia objetivos que respondieran a necesidades propiamente españolas. Evidentemente, el norte de África, especialmente el enclave estratégico de Argel, considerado el punto de apoyo fundamental otomano en el Mediterráneo occidental, suscitaba el mayor interés como futuro campo de acción de las fuerzas hispanas; no obstante, pese a estas consideraciones, el monarca tampoco quería traicionar los intereses de la Liga. De hecho, como subraya Braudel, «debemos reconocer que España no había hecho nunca esfuerzos tan leales y tan poderosos en favor de la Liga como durante el invierno de 1572 a 1573»³².

Pero los hechos marcarían el futuro. Era evidente que no se podían detraer fuerzas de lugares estratégicos que necesitaban de ellas para mantener la soberanía y reputación de la Monarquía, como la Carrera de Indias o el enclave geopolítico fundamental de Milán, sobre todo ante la eventualidad de un ataque francés. Era evidente que el Rey Prudente, más que pecar de indecisión –habría que ver cómo se manejaban en esas circunstancias muchos jefes de Estado del presente–, no quería dejar desguarnecido el Occidente en aras de una ambiciosa empresa contra el Turco en Levante, su propio terreno.

Pero había otras razones de fondo. Según informaba el soberano al virrey de Sicilia en junio de 1572, los peligrosos y preocupantes acontecimientos de Flandes de aquellos meses se tenían muy presentes en orden al diseño de la inmediata política mediterránea, toda vez que el monarca tenía casi la certeza de que, detrás de esos más que inquietantes sucesos, estaba el acuerdo descrito entre Francia e Inglaterra. Por eso ordenó a su hermano que no emprendiera la empresa de Levante, o que en otro caso, si esta se hallaba ya en marcha,

(31) *Ibidem*, p. 56.

(32) BRAUDEL, *ob. cit.*

volviera en cuanto tuviera noticia de esta orden. Además, la empresa de Argel presentaba la enorme ventaja de que su eventual éxito acabaría con el siempre peligroso frente de los corsarios berberiscos. Para justificar este giro estratégico ante el Papa, se le transmitiría que, al fin y al cabo, el innegable avance de la herejía en Francia y la connivencia de esta con Inglaterra en la acción internacional constituían focos de conflicto que había también que neutralizar en provecho de la cristiandad³³.

Tras la defección de Venecia de la Liga, producida de forma oficial el 7 de marzo de 1573 con la firma por separado de una paz con el Turco, y una vez desbaratados los objetivos de la coalición en Levante tras la toma de Túnez, en octubre de ese año, por don Juan de Austria, Felipe II tenía ya claro que, más allá de las acciones operativas, lo importante era disponer de una flota en el Mediterráneo lo suficientemente competitiva para hacer frente a cualquier contingencia, y que además fuese estable, no concebida para un único objetivo concreto de gran alcance. Según consta en la documentación del rico archivo de la Casa de Santa Cruz, localizada hoy en el Archivo de la Nobleza en Toledo –repositorio hasta ahora apenas consultado por los historiadores–, Felipe II transmite esta idea a don Álvaro de Bazán a partir de distintas iniciativas.

Ya en carta de 26 de enero de 1572, el monarca comunicaba al marqués de Santa Cruz que se construyeran galeazas –a raíz de su óptimo resultado en Lepanto³⁴– «por ser de mucho servicio y útiles para la navegación»³⁵. El 9 y el 28 de marzo Felipe II transmitía igualmente al marqués la necesidad de armar más galeras en Nápoles, además de la *Real*, que se construía en Barcelona para don Juan³⁶. En junio del año siguiente, el Rey Prudente quiere dar la máxima importancia a aprestar una gran armada para el Mediterráneo. Con vistas a ello, escribe a don Juan a fin de que consulte sin tardanza el parecer de los personajes más experimentados sobre estas cosas:

«Advirtiendo además de esto que el número de galeras con que ahora nos hayamos armadas es demasiado para la guardia de las costas de nuestros reinos y estados, y que para esto bastaría tener armadas 80 en galeras, en lo cual acá también se había comenzado a mirar como habéis visto por la carta que sobre ello

(33) GARCÍA HERNÁN: ob., cit., pp. 77-78.

(34) Algo pasado por alto con bastante frecuencia en la historiografía española y ensalzado de forma exorbitada por la italiana, de acuerdo con el sesgo nacionalista que ha acompañado casi siempre las interpretaciones de la victoria de Lepanto. Todavía en nuestra época, en un documental de 2002 de Spiegel TV para ZDF, titulado *Tauchfahrt in die Vergangenheit. Die Seeschlacht von Lepanto*, el mérito de la victoria se adjudica casi por completo a las galeazas venecianas –los historiadores entrevistados son en su gran mayoría italianos–, y apenas se habla de España y se presenta a Carlos V como «el hijo del emperador».

(35) HNob, Santa Cruz, C.44, D.3-9, f. LXI. Para la efectividad de las galeazas en el combate naval, véase el reciente artículo de GARCÍA-TORRALBA PÉREZ, Enrique: «Los ecos de Lepanto. Las galeazas y galeras españolas en el Atlántico», *Revista de Historia Naval*, núm. 153 (2021).

(36) HNob, Santa Cruz, C.44, D.3-9, f. LXV.

se os escribió a 9 de mayo, encargándose que platicasedes sobre este negocio con don García de Toledo, con el cardenal de Granvela y Duque de Sexa, y con Juan Andrea de Oria, y Antonio de Oria, y con quien más os pareciese y la orden que se podría dar en estas cosas de la mar para poder con alguna industria y buena fama tenerlas tan proveídas y prevenidas que se pudiese en una necesidad juntar una gruesa armada. Y porque para tomar resolución en este como el negocio nuevo y de tal importancia importará mucho tener este parecer vuestro y de las dichas personas, y de los buenos advertimientos que sobre ellos sabrán y podrán dar, y asimismo convendrá que la resolución que [sobre] esto se hubiere de tomar sea con brevedad y antes de que entre el invierno»³⁷.

Sin embargo, a despecho de estas órdenes en favor de aumentar el potencial naval en el Mediterráneo una vez disuelta la Liga, la estrategia frente al Turco era esencialmente defensiva. En el fondo, nada había cambiado a pesar de Lepanto. La posición de España en esta parte del mundo era la de un imperio, pero no la de una potencia imperialista. Se buscaba ante todo «quietud y sosiego», como se decía a las autoridades americanas, sin perjuicio de que, llegada la ocasión –pero *solo* llegada la ocasión–, se pudiera llevar a cabo algún esporádico ataque –como se haría unos meses más tarde en Túnez–. Así lo transmitía en carta de 20 de junio de 1573 a su hermano, con la intención de que le llegara una copia al marqués de Santa Cruz:

«Ilustrísimo don Juan, entre otros particulares que el secretario Soto me ha traído en comisión de vuestra parte, me ha representado de cuánta importancia sería poner las cosas de la mar en tal estado y crecer hasta el número nuestra armada que no solamente pudiese resistir a la del enemigo, pero en alguna ocasión si quisiese emprender cualquier cosa en daños de sus estados, creciendo nuestra armada para esto a trescientas o trescientas cincuenta galeras armando las de milicia y repartiéndolas por mis estados, según la comodidad y posibilidad que cada uno tuviere»³⁸.

Posición defensiva al cabo, al considerar circunstanciales («en alguna ocasión») las posibles acciones ofensivas. Las posteriores treguas hispano-turcas de 1578, 1581, 1584 y 1587³⁹ lo corroboran.

Los poco impresionantes, pero efectivos, frutos de la victoria

El historiador turco Gelibolullu Âlî, que escribió la mayor parte de su obra en los años ochenta del siglo XVI y, por tanto, fue contemporáneo de los hechos y privilegiado conocedor de estos, llegaría a afirmar con respecto a Lepanto que el mundo no había conocido tal desgracia desde que el profeta

(37) AHNob, Santa Cruz, C.75, D.23, 181-184.

(38) *Ibidem*.

(39) RODRÍGUEZ SALGADO, M.^a José: *Felipe II, el «Paladín de la Cristiandad» y la paz con el Turco*, Universidad de Valladolid, 2004.

Noé construyó el primer barco. Obviamente era una exageración, pero este testimonio es muy expresivo del impacto tremendo del resultado del combate en el devenir del imperio otomano. De hecho, el elenco de posibilidades que hemos visto que se pudieron dar entre las filas cristianas tiene su correlato en el bando turco, donde tampoco se sabía qué podía pasar a partir de la magnitud del encuentro en las aguas de la entrada del golfo de Corinto. Tal y como afirma el historiador turco de nuestros días Hüseyin Serdar Tabakoğlu, que emplea la documentación original del BCOA (Cumhurbaşkanlığı Osmanlı Arşivi, archivos otomanos de la oficina de la Presidencia), el riesgo diplomático era evidente. En principio, lo que más asustaba en la corte del sultán era que el Imperio y Francia se unieran a la Liga al socaire de la ola de fervor religioso que el resultado de la batalla había extendido por toda Europa. Preocupaba especialmente que Francia pasara de valioso aliado a peligroso enemigo. Así pues, el gobierno otomano intentó que las cosas no pasaran a mayores anticipándose en el plano diplomático⁴⁰.

En el plano logístico y de la construcción naval, después de Lepanto la prioridad absoluta de los turcos era reconstruir la flota. Las órdenes del sultán en este sentido eran tajantes y expresaban con meridiana claridad que todos los preparativos navales obedecían a una situación extrema y totalmente extraordinaria. Y esta situación de urgencia obligaría a los turcos a construir más de cien barcos lejos de sus atarazanas habituales, para luego terminar de equiparlas en ellas, lo que suponía un esfuerzo redoblado⁴¹.

Gracias a ímprobos esfuerzos, se llegaron a construir 134 galeras en unos pocos meses, de tal manera que en la primavera del año siguiente se pudo poner en el Mediterráneo, en situación operativa, una flota de 234 galeras y 8 galeazas⁴². No obstante, si bien es cierto que el esfuerzo dio un resultado increíble, evidenciando la admirable capacidad de recuperación del imperio, también redundaría en la desatención, como veremos, de otros objetivos estratégicos y militares.

Por los mercados imperiales se publicaron múltiples anuncios para reclutar sobre todo arcabuceros, a los que se prometía como recompensa un *timar* si se unían a la armada. A las armas de fuego se les dio pues, luego de Lepanto, la máxima importancia, y en este sentido, se obligó a todos los cristianos que tuvieran armas a entregarlas a las autoridades⁴³.

Pero, si bien en lo relativo a construcción de barcos se pudieron sortear múltiples problemas y obtener resultados ciertamente asombrosos, el equipamiento de las naves ya era cuestión más peliaguda. El gran visir Sokollu Mehmed Pachá había afirmado: «Su Alteza Pachá todavía no habrá conocido bien la Sublime Puerta, mas que sepa que este es un Estado tal que, si lo quiere, tiene el poder de hacer las anclas de plata, los amarres de seda y las velas

(40) TABAKOĞLU, Hüseyin Serdar: «Repercusiones y consecuencias de la batalla de Lepanto», en CLARAMUNT SOTO: ob. cit.

(41) RIVERO RODRÍGUEZ: ob. cit., p. 251.

(42) TABAKOĞLU: «Repercusiones y consecuencias...», en CLARAMUNT SOTO, ob. cit.

(43) BOSTAN: «La armada otomana...», ibídem.

de raso». Pero la realidad es que resultaba muy difícil conseguir los aparejos y materiales navales necesarios, como anclas (unas seiscientas), amarres, cabos y, en fin, velas.

Pero si esto era un problema para tener bien equipadas las naves, todavía lo era mucho mayor la carencia de elemento humano, no tanto por la cantidad cuanto por la calidad. Lepanto se había llevado por delante multitud de altos dirigentes y marinos experimentados de la flota turca⁴⁴. Dando por buenas las cifras del embajador veneciano Contarini, Bicheno afirma que, en el curso de la batalla o como consecuencia de ella, en Lepanto murieron 34 capitanes de galeras capitanas, 120 comandantes de galera y 25.000 tripulantes, soldados y galeotes⁴⁵. El historiador turco Idris Bostan ha consignado recientemente una nómina de muertes entre los altos mandos cuyas cifras son sobrecogedoras:

«... el almirante Müezzinzâde Alí Pachá, el emin de la atarazana imperial y el *kethüda* de la atarazana imperial, Dardağan Pachá, y entre famosos capitanes y corsarios, como el jefe de los azabs de Valona, Kara Hoca, Dumdum Memi, Alí el Musulmán y Memi el Corso. A partir de los registros de nombramientos guardados después de Lepanto, se pueden conocer las identidades de los gobernadores importantes y de los alaybeyis fallecidos de los sanjacados en la batalla. Entre los gobernadores de los sanjacados fallecidos se encuentran el gobernador de Çorum, Gülabî Beg; el gobernador de Karahisâr-ı Şarki, Ahmed Beg; el gobernador de Ankara, Mimarzâde Beg; el gobernador de Lepanto, Firdevs Beg; el gobernador de Quíos, Abdülcebbar Beg; el gobernador de Mitilene, Hızır Beg; el gobernador de Alejandría, Şuluk Mehmed; el gobernador de Sığacık, Karabıyık Mehmed Beg; el gobernador de Biga, Alí Beg; y, el gobernador de Nikópolis, Ahmed Beg. Entre los alaybeyis de los sanjacados se encuentran el alaybeyi de Amasya, Mehmed; el de Biga, Osman; el de Saruhan, Ferhad; el de Ankara, Mahmud; el de Vize, Alí; y, el de Karahisâr-ı Şarki. Además, los sipahis de todos estos sanjacados perdieron la vida, excepto algunos de ellos»⁴⁶.

Evidentemente, una cosa era construir barcos y otra muy distinta reemplazar a los experimentados hombres de la flota que habían perecido en la batalla. Conseguir capitanes, marineros e incluso remeros para que la armada turca recuperara su temible potencial, teniendo en cuenta que cada galera debía disponer de un mínimo de 30 marinos capaces para la navegación, fue una misión hartamente complicada. Para rellenar las cuantiosas vacantes de las galeras se ordenaría a todas las provincias acometer una leva masiva. Los

(44) Algo sobre lo que Juan Carlos Losada insiste mucho, con acierto. LOSADA, Juan Carlos: *España contra el Imperio otomano. La lucha por el control del Mediterráneo desde el siglo XVI al XVIII*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2021.

(45) BICHENO: ob. cit., p. 344.

(46) Entre los supervivientes se encontraban Hasán Pachá, exgobernador de Argel e hijo de Jeireddín Barbarroja; el gobernador de Ioánina, Mustafá Beg; el de Kocaeli, Kaya Beg; el de Morea, Mehmed Beg; el de Karlieli, Alí Beg; el gobernador de Tríkala, Bayezid Beg; y, el gobernador de Siirt, Halil Beg. BOSTAN: «La armada otomana...», en CLARAMUNT SOTO, ob. cit.

remeros eran una de las necesidades más acuciantes, porque la mayoría habían muerto en Lepanto, con lo que el impuesto extraordinario que suponía el servicio obligatorio en los remos de las galeras se puso en funcionamiento al máximo. El kapudan pachá se encargaría, según órdenes estrictas, de entrenar a toda prisa a los remeros para que se acostumbraran cuanto antes a la vida a bordo⁴⁷.

Los barcos no estaban, pues, aprestados como un año antes y, después de todo lo ocurrido y de las dificultades presentadas –hemos descrito solo algunas de ellas–, la armada turca partiría en la nueva campaña por razones bien distintas de las del año anterior. La expedición que sucumbió en Lepanto tenía la misión de saquear las islas del enemigo y destruir su armada a la menor ocasión, según quedaba establecido en los edictos promulgados para ello. Ahora las cosas eran bien diferentes; el objetivo más importante de Uluj Alí era proteger las costas y poblaciones del propio imperio otomano. Y así quedó reflejado en el certificado que se le emitió como *sedar* el 13 de junio de 1572, donde se le indicaba que su misión era proteger las provincias, islas, castillos y ciudades de la costa mediterránea, y que debía velar sobre todo por que se asegurara el orden entre sus poblaciones, cuya protección frente a eventuales ataques cristianos había de quedar garantizada⁴⁸.

De este modo, en la diplomacia turca no solo reinaba el desasosiego por las posibles nuevas alianzas; también se había extendido cierto miedo y prevención en el plano de la estrategia militar. Uluj Alí mantuvo una estrategia de gran prudencia y no puso en riesgo la flota, siendo como era consciente de que la mayoría de sus hombres carecían de experiencia en combate, a lo que habría que añadir el impacto moral de la derrota, que seguía haciendo mella en la confianza en sí misma de la tropa. El almirante turco debía adoptar una actitud defensiva, pues su pretensión ahora no era ya enfrentarse al enemigo de forma decisiva, sino mantenerlo alejado del eyalato del archipiélago y conservar intacta su propia flota⁴⁹.

Se sabía del regreso de don Juan de Austria a través de la república de Ragusa, la cual era una de las vías otomanas de información sobre lo que ocurría en Europa. Las noticias hablaban de que la flota cristiana había logrado reunir hasta 250 galeras, 8 galeazas y abundantes fuerzas de infantería. A los turcos estas cifras les parecieron exageradas pero, como quiera que fuese, el sultán ordenaría a Uluj Alí que mantuviera su flota a salvo si las armadas de España y Venecia se aprestaban a combatir juntas. Solo en el caso de que actuaran por separado podría sopesar la adopción de una estrategia más agresiva. Además, el sultán advertía a su almirante del peligro de que las fuerzas de la Liga desembarcaran en suelo turco, y para prevenirlo le ordenó tomar las medidas necesarias en el mar, mientras que el visir Huseín Pachá debía hacerse cargo de las necesarias defensas terrestres.

(47) TABAKOĞLU: «Repercusiones y consecuencias...», ibídem.

(48) BOSTAN: «La armada otomana...», ibídem.

(49) TABAKOĞLU: «Repercusiones y consecuencias...», ibídem.

Paralelamente a esto, de acuerdo con estas prevenciones generales ante la nueva potencia cristiana, en Estambul se puso mucha más diligencia en los preparativos navales, de modo que, a tenor de un informe de primeros de marzo, en la capital otomana se estaba preparando una poderosísima flota de 300 galeras para la siguiente campaña de 1573. En consonancia con los problemas de reclutamiento descritos, se tuvieron que tomar medidas excepcionales, como doblar los salarios con el objeto de conseguir efectivos humanos suficientes, entre soldados y remeros, para las galeras, así como potenciar las medidas de coerción para el reclutamiento obligatorio de no pocos sectores de la población. Hubo que realizar los máximos esfuerzos para reunir una fuerza de combate que ofreciese garantías suficientes. Y así, se ordenó a un gobernador que protegiera la Morea con nada menos que 10.000 soldados de caballería, ante la posibilidad de un ataque de las fuerzas cristianas. Igualmente, hubo orden de mejorar las fortificaciones costeras, y se reforzaron asimismo las guarniciones de Eğriboz y Morea, además de construir dos nuevos castillos fortificados para proteger el puerto de Navarino⁵⁰.

Estos manejos, expuestos con detalle recientemente por el historiador turco Hüseyin Serdar Tabakoğlu, coinciden con nuestra tesis general (recogida en *Lepanto: el día después*) de que la batalla de Lepanto, lejos de no tener ningún efecto, constituyó una victoria muy fecunda. Sus frutos no fueron aparatosos ni espectaculares en la dura y obstinada pugna que ambas civilizaciones mantuvieron en el Mediterráneo, pero sí sabrosos. Aunque no se aplastó al enemigo, dejó en los turcos, si no miedo, sí mucho respeto, máxime cuando, después de Lepanto, las potencias cristianas, tras un imponente esfuerzo logístico, consiguieron poner en el mar una gran flota, signo inquívoco de que aquella batalla no había sido flor de un día y la amenaza cristiana seguía latente. En el terreno de los hechos, y como prueba de lo dicho, Uluj Alí, en su calidad de comandante de las fuerzas otomanas, una vez reconstruida la flota, considerando que la combatividad de un ejército derrotado un año antes habría quedado gravemente mermada, no se precipitaría a entrar en combate decisivo cuando vio a la flota enemiga cerca de Navarino, como sí había hecho, con resultados desastrosos, el año anterior⁵¹.

Lo más destacable de esta estrategia cautelosa es que, efectivamente, los turcos se vieron obligados a hacer lo que no deseaban y, cuando menos, adoptaron estrategias que jamás se habían planteado antes de Lepanto. Así, por ejemplo, inquietos ante eventuales levantamientos de alguno de los pueblos sometidos a la férula del imperio, debieron acometer la construcción de nuevas defensas, lo que les obligó a renunciar a varias campañas proyectadas para 1572. De hecho, en el espacio griego se producirían, como es sabido, motines y revueltas que volvieron inseguro el dominio sobre un área fronteri-

(50) *Ibídem*.

(51) Ya el historiador turco contemporáneo Gelibollu Âlî había afirmado que ninguna de las dos flotas estaba dispuesta a arriesgarse.

za, la de los Balcanes, que se creía estaba ya controlada firmemente⁵². El flanco occidental del imperio otomano, en acusado contraste con la situación anterior a Lepanto, se veía ahora debilitado y se tornaba vulnerable. La restauración del dominio turco sobre la zona requeriría un gasto militar inmenso y, obviamente, los planes de expansión en el océano Índico se tuvieron que posponer y, en último término, olvidar⁵³.

Conclusiones

Desde luego, el ímpetu expansionista de los otomanos, en virtud del nuevo panorama que se abría en el límite occidental del imperio, se fue desvaneciendo, aunque fuera lentamente. La Sublime Puerta hubo de replantear su agresiva estrategia internacional y, por supuesto, eso se tradujo en la «quietud y sosiego para la «Xqianidad» que, como señalaba en sus cédulas reales a América, buscaba Felipe II.

Si Voltaire, en su famoso texto *De la bataille de Lepanto*, planteaba la cuestión, que tanto eco recibiría a lo largo de más de tres siglos, de que, si tan apoteósica había sido la victoria en la batalla, se podía haber llevado a efecto una cruzada contra el Turco, y con su mordaz ironía aseveraba que lo cierto es que la victoria, a juzgar por sus resultados –especialmente, por la paz separada firmada por los otomanos con Venecia–, retrospectivamente había sido turca, los hechos demuestran que, en esta cuestión, le falló su fino olfato y erró en sus conclusiones. Es regla de oro de la ciencia histórica analizar los hechos pretéritos en función de su exacto contexto, lo que aplicado al caso que nos ocupa obliga a tener en cuenta los enormes y múltiples problemas que acompañaron a la victoria, de los que hemos confeccionado un breve e incompleto resumen. Pontificar sobre lo que se debió hacer, conociendo el curso posterior de los acontecimientos, es ventajista. Que imperasen la «quietud» y el «sosiego» en los dominios de la cristiandad era un objetivo suficientemente importante que no cabe infravalorar en aras de ucronías con escaso fundamento. Y este objetivo, cuyas bases sentó la victoria cristiana en la «más alta ocasión que vieron los siglos», tuvo un más que aceptable cumplimento.

(52) RIVERO RODRÍGUEZ, p. 251.

(53) IMBER, Colin: *El Imperio otomano (1300-1650)*, Ediciones B, Barcelona, 2004.